

VOL. 1 N° 6

NOVIEMBRE 1953

# Más allá



REVISTA MENSUAL DE FANTASÍA CIENTÍFICA

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica.

AÑO 1 — N.º 6  
NOVIEMBRE 1953  
**MÁS ALLÁ DE LA CIENCIA  
Y DE LA FANTASÍA**

---

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica

## SUMARIO

### NOVELA COMPLETA:

*EL HOMBRE QUE VENDIÓ LA LUNA*, por ROBERT HEINLEIN  
*El más colosal negocio jamás intentado*

### CUENTOS:

*ESTRELLA, LA BRILLANTE*, por MARK CLIFTON  
*Teleportándose al pasado, iban hacia el futuro*

*EL PORTAL DE LA GALAXIA*, por DAMON KNIGHT  
*Para conquistar las estrellas, una civilización debe merecerlo*

*COLONIZADORES*, por PHILIP K. DICK  
*El enemigo era todo, pero nada parecía serlo*

### CUENTOS CORTOS:

*PROTONÍQUEL*, por ABEL ASQUINI  
*En Buenos Aires se hizo un descubrimiento sensacional: y sensacional fue su primera aplicación*

*CUERPOS INÚTILES*, por KURT VONNEGUT JR.  
*¡Aléjese de sus preocupaciones, alejándose de su cuerpo!*

## NOVEDADES CÓSMICAS:

*LA CONQUISTA DEL ESPACIO (VI)*, por WILLY LEY Y  
CHESLEY BONESTELL  
*Los planetas gigantes*

*ESPACIOTEST*

*CONTESTANDO A LOS LECTORES*

*FRANKENSTEINS*

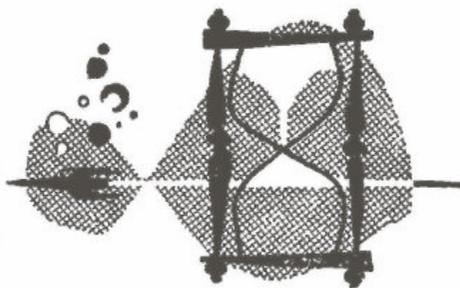
*EDITORIAL*

### ILUSTRACIÓN DE LA TAPA

Por Julio Orione

*Los milenios del pasado frente a los milenios del futuro: el brontosaurio asiste al vuelo de la astronave. No hay contradicción: lo imposible es solo lo que no podemos imaginar.*

## CHATARRA SUPERSÓNICA



**L**OS museos históricos y de ciencias naturales son cementerios de ideas y de ideales, depósitos de cosas viejas y raras: máquinas que ya no funcionan o que nunca funcionaron, objetos pasados de moda, útiles inútiles o inutilizados. Chatarra. Escorias. Desechos. Sin embargo, la gente los visita. Algunos los recorren por obligación, conducidos por sus maestros; otros, para completar la documentación de sus estudios; otros, para cobijarse de una lluvia imprevista para matar una hora de espera. Pero muchos los visitan por simple gusto. ¿Por qué la gente va a los museos?

Una razón es por el placer de ver cosas extrañas. Lo que es diferente atrae la atención y la curiosidad. Estamos, a veces, aburridos, y nos gusta cambiar de ambiente. Uno puede ir a un museo como va a ver una película policial: escapismo.

Otra razón, más sutil y profunda, es por el placer de reconocerse. Inevitablemente, en cuanto hombres, sentimos afinidad con todas las creaciones humanas; en cuanto seres vivientes, sentimos curiosidad hacia las demás formas de existencia. El museo es el lugar ideal para comparar y para buscar parecidos. Reconocemos nuestros instintos en las usanzas de tribus salvajes; nos satisface aprender que una pequeña manía nuestra tiene su paralelo en la costumbre de una civilización desaparecida; nos da gusto encontrar un parecido físico entre el más antipático de nuestros acreedores y el más horrible monstruo antediluviano.

El museo, pues, nos hace sentir superiores. La añoranza del tiempo pasado es, en realidad, un sentimiento falso. La verdad es que, por regla general, el hombre está orgulloso de su mundo, y no lo cambiaría por ningún otro. A veces — ¡muchas veces! — afirmamos lo contrario; pero lo hacemos porque algo nos molesta en el momento, por debilidad frente a algún tropiezo, porque estamos desanimados. Si un automóvil nos atropella, es muy natural que maldigamos el progreso mecánico; si peleamos con nuestra única esposa, es muy natural que añoremos los tiempos de la poligamia. Pero, en el fondo, sabemos que todo tiempo pasado fue peor...

Un museo, con sus mudos testigos de épocas lejanas, alivia nuestro espíritu y nos asegura que, si la raza humana ha salido de tantos apuros, también nuestras dificultades presentes podrán ser superadas.

Un recorrido por un museo es un vistazo panorámico sobre las conquistas del hombre. La chatarra, las escorias y los desechos del pasado son la base de nuestro optimismo. Nuestras creaciones de hoy se volverán pronto chatarra y desechos también, pero forman parte de la corriente del progreso y de la civilización.

Y a propósito de chatarra, ¿cuán lejos está el día en que los aviones supersónicos serán chatarra? No es este un problema de interés puramente teórico, sino uno de candente interés práctico.

Veamos por qué: la estrategia defensiva de los Estados Unidos y de Gran Bretaña se basa, en la actualidad, en el bombardero dotado de bombas atómicas; el avión que puede volar tan velozmente y a tal altura, y llegar al blanco desde tantas direcciones, que ningún sistema conocido podrá impedirle de infligir daños gravísimos a los centros de la resistencia enemiga. Estos aviones se están produciendo en número creciente y a costo altísimo. Pero estos aviones, por más que progrese su perfeccionamiento, podrán servir solo hasta cuando el enemigo no domine al arte de interceptarlos por medio de armas dirigidas, de exactitud y rapidez superhumanas. Sin duda, los aviones supersónicos serán un día tan anticuados como hoy las corazas medievales. Pero ¿cuándo?

Siendo así las cosas, un dilema gravísimo y apremiante se impone a los gobiernos: las posibilidades de investigación y de producción, el abastecimiento de materias primas y, sobre todo, las disponibilidades económicas son limitadas; ¿hasta qué punto, entonces, se debe insistir en la producción y en el estudio de los bombarderos atómicos de gran autonomía, cuando, simultáneamente, se están desarrollando las armas que harán de ellos inútil chatarra supersónica?

¿Debe producirse lo que se sabe que pronto ya no servirá, porque es lo mejor que hoy puede hacerse —y asegurarse contra los peligros del presente— o es mejor dedicar todas las energías al desarrollo de una idea revolucionaria que posiblemente no puede dar resultado práctico inmediato?

Este problema es típico de los que se presentan en el umbral de la era atómica, cuando la técnica del presente se mide con la técnica aun parcialmente misteriosa del porvenir. Y la decisión depende de una previsión de la rapidez, con la cual la ciencia experimental y revolucionaria de hoy se transformará en elementos técnicos de dominio público y de utilización generalizada; es decir, depende del ritmo con el cual se nos acerque el Futuro. En esta carrera entre la imaginación y la técnica, entre la ciencia de hoy y la ciencia del porvenir, la apuesta es tremenda: una decisión equivocada puede significar una derrota definitiva; la decisión acertada puede significar el dominio del mundo.

# ESTRELLA, LA BRILLANTE

Por MARK CLIFTON



Ilustrado por David Stone

*No hay pasado ni presente, decían los niños; simplemente, todo es. Y no hay duda de que tenían sus razones para afirmarlo.*

**Viernes, 11 de junio**

**U**NA niñita, a los tres años de edad, no puede tener bastante inteligencia como para cortar y pegar una cinta de Moebius. O bien, si lo hiciera por pura casualidad, no podría tener la suficiente aptitud razonadora como para

escoger uno entre sus lápices y trazar cuidadosamente la línea continua, destinada a probar que dicha cinta solo tiene una superficie.

Pero, si por alguna extraña coincidencia, lo hiciera en forma simplemente accidental, ¿quién podría explicarme el hecho de que esta hijita mía, por lo general tan activa (y quiero destacar esto último), haya permanecido sentada y quieta durante una buena media hora, con el mentón apoyado en la mano, contemplando fijamente el espacio y meditando con tal concentración que casi era penoso observarla?

Instalado en mi sillón de lectura, me hallaba revisando un trabajo. Sentada en la alfombra, dentro del círculo de mi luz, Estrella tenía en sus manos una tijera de puntas chatas y unos trozos de papel.

Su largo silencio me indujo a observarla en el momento en que estaba uniendo los dos extremos del papel. Pensé entonces que era puramente accidental el que hubiera hecho medio giro en la cinta antes de cerrar el círculo; y luego, cuando la tomó entre sus deditos regordetes, sonreí para mis adentros.

—Una criatura constituye el enigma de los tiempos — musité.

Pero, en vez de dejar a un lado la cinta o de destrozarla, como hubiera hecho cualquier otro chico, empezó a darle vueltas en sus manos, estudiándola por todos lados. Luego tomó uno de sus lápices y comenzó a trazar la raya. Hizo esto como si estuviera verificando una conclusión a la que hubiese llegado previamente.

Para mí fue esta una amarga comprobación. Durante largo tiempo había estado rehuyéndola, pero ahora no podía seguir ignorando este hecho: Estrella tenía un coeficiente de inteligencia superelevado.

Por espacio de media hora me dediqué a estudiarla. Sentada en cuclillas, con los ojos muy abiertos en expresión asombrada, escrutaba las potencialidades del fenómeno que ella misma acababa de descubrir.

Arduos esfuerzos me había significado el atenderla y cuidarla desde la muerte de mi esposa. Y ahora, este nuevo problema. ¡Si al menos hubiera sido una niña de inteligencia normal, una criatura como las demás!

**M**IENTRAS la observaba, llegué a una decisión. Si recurría al sistema de medición adecuado, podría tal vez descubrir el grado de su inteligencia y, en esta forma, tener una idea cabal con respecto al alcance de mi problema. Un salto de veinte puntos en el coeficiente de inteligencia crea un conjunto de problemas diferentes a los normales. El niño de 140 grados vive en un mundo muy distinto al de aquel que solo tiene 100, y su mundo solo puede ser vagamente percibido por el niño de 120 grados. Los problemas que irritan al de 160, pasan sobre el de 140 como una mosca sobre una rata de campo. Así, pues, no debo incurrir en el error de plantear a Estrella problemas propios de una categoría a la que ella no pertenezca. Mientras tanto, tendré que tratarla con toda naturalidad.

—Eso se llama cinta de Moebius, hijita —dije, interrumpiendo sus meditaciones.

Un sobresalto la hizo salir de su ensueño. No me gustó la rapidez con que sus ojos buscaron los míos, en forma casi furtiva, como si la hubiera sorprendido en falta.

—¿Ya la hizo alguien? —preguntó con cierto dejo de decepción en su voz.

¡No ignoraba lo que había descubierto! Sin poder evitarlo, me invadió una sensación de angustia, que poco a poco se convirtió en terror. No obstante, me esforcé en hablarle en tono normal.

—Su nombre viene de un señor llamado Moebius, que vivió hace mucho tiempo. Pero te hablaré de esto cuando seas más grande.

—No; ahora, que soy chica —dijo imperiosamente, frunciendo el ceño—. Y no me lo digas: léemelo.

¿Qué quería significar con esa actitud? ¡Oh!, sin duda estaba parafraseándome, en aquellos tiempos en que yo solo quería hechos y no generalizaciones vagas. ¡No podía ser otra cosa!

—Muy bien, señorita. —Levanté una ceja y la miré con aire de fingida ferocidad, habitualmente, este gesto la hacía desternillarse de risa—. Te lo explicaré detalladamente.

Ella permaneció muy seria, mientras yo iba a buscar un libro de física. No está escrito en lenguaje demasiado sencillo, por cierto; y yo empecé a leer en voz alta, a la velocidad normal con que hablo. Mi propósito era obligarla a admitir que no entendía nada del asunto y, entonces, traducírsele al lenguaje básico. ¿Cuál fue su reacción?

—Lees muy despacio, papito —protestó con irritación—. Dices una palabra, después piensas mucho tiempo, luego dices otra palabra.

Comprendí lo que quería decir con esto. Recuerdo que, cuando era niño, mis pensamientos solían lanzarse en vuelos vertiginosos, mientras oía el lento zumbido de las palabras de los adultos. En esos breves instantes, universos enteros aparecían y desaparecían.

—¿Y?... —le pregunté para hacerle completar su pensamiento.

—¿Y?... —burlóse ella traviesamente—. Enséñame a leer, así puedo pensar tan rápido como quiero.

—Rápidamente —corregí con voz débil—. La palabra es «rápidamente»: un adverbio.

Me miró impaciente, como si viera a través de este ardid, que yo empleaba para poner en evidencia la ignorancia de un niño. ¡Entonces sí que me sentí el menos inteligente de los dos!

## 1 de setiembre

**M**UCHAS cosas han ocurrido en los últimos meses. Varias veces y por diversos medios he tratado de iniciar con Estrella una conversación relacionada con el problema de su anormalidad. Pero posee una habilidad tan extraordinaria para desviarme el tema, como si de antemano supiera lo que quiero decirle y no le interesara mi opinión. Es que tal vez, a pesar de su genio, es demasiado infantil para comprender la hostilidad del mundo hacia la inteligencia.

Algunos vecinos que nos visitan se divierten al verla sentada en el suelo, volviendo rápidamente las hojas de una enciclopedia tan grande como ella. Solo ella y yo sabemos que está leyendo con toda la rapidez con que le es posible dar vuelta a las páginas. He tranquilizado a los vecinos con esta explicación:

—Le gusta mirar las láminas.

Ellos le hablan en lengua infantil..., y lo asombroso es que Estrella ¡les contesta en lengua infantil! ¿Es posible que haya llegado a saber tanto en tan corta edad?

Me he pasado meses tratando de aplicar al caso presente todo el sistema de medición existente: aptitudes, velocidades, reacciones, cuadros y toda clase de datos, para medir algo sobre lo cual nada sabemos. ¡Pero Estrella parece estar más allá de toda medición!

«Bien, Peter Holmes —pensé—, ¿cómo vas a plantear esos problemas y resolverlos, cuando no tienes noción de lo que son?». Sin embargo, es preciso que yo los conozca para poder comprender al menos una mínima parte de la situación que afronta mi hijita. No puedo quedarme de brazos cruzados en circunstancias tan insólitas como estas.

Sin embargo, hay que obrar con calma. Nadie sabe mejor que yo lo inútil que es querer competir con alguien perteneciente a otra categoría. ¿Cuántos estudiantes, obreros y patronos han tratado de competir conmigo? Los he observado y les he tenido lástima, comparándolos con un burro que se obstinara en participar en una carrera de caballos de raza. ¿Cómo me sentiría yo en el lugar del burro?

Pero resulta que ahora se trata de mi propia hija: ¡debo comprender!

## 1 de octubre

**E**STRELLA ha cumplido cuatro años y, de acuerdo a las leyes, su mente está lo bastante desarrollada como para asistir a un kindergarten. He tratado de acostumbrarla a esta idea. Pero me escuchó apenas dos frases y enseguida cambió el tema. No puedo asegurar nada con respecto a esta niña. ¿Sabe de antemano las respuestas? ¿O ni siquiera se da cuenta de que existe un problema?

Ayer por la mañana pasé las de Caín cuando la llevé por primera vez a la escuela. Anoche estaba yo, como de costumbre, leyendo en mi sillón. Estrella dejó a un lado sus muñecas y se dirigió a la biblioteca; de uno de los estantes sacó un libro de cuentos de hadas.

He aquí otra de sus peculiaridades. Está dotada de una percepción infinitamente veloz y, sin embargo, posee todas las reacciones normales de una niñita de su edad.

Le gustan las muñecas, los cuentos de hadas, jugar a disfrazarse de grande. No; evidentemente, no es un monstruo. Así, pues, me trajo el libro que había escogido en los estantes.

—Papito, léeme un cuento —pidió muy seria.

La miré con asombro.

—¿Por qué? Puedes leerlo tú misma.

Ella alzó una ceja, imitando mi gesto característico.

—Los niños de mi edad no leen —sentenció con grave pedantería—. No puedo aprender a leer hasta que esté en primer grado. Es muy difícil, soy demasiado chica.

Ella misma había encontrado la respuesta a su problema: ¡conformidad! Ya había aprendido a ocultar su inteligencia. ¡Tantos de nosotros nos destrozamos el alma antes de aprenderlo! Pero no tienes que ocultármela a mí, Estrella; ¡a tu padre, no!

Sin embargo, podía seguirle la farsa, si era eso lo que ella quería.

—¿Te gustó el kindergarten?

—¡Oh!, sí —exclamó con entusiasmo—. Es muy divertido.

—¿Y qué aprendiste hoy, hijita?

Me siguió el juego sin ninguna clase de rodeos:

—No mucho. Traté de recortar muñequitas de papel, pero las tijeras se me resbalaban.

¿Había un duende travieso detrás de su expresión aparentemente seria?

—Vamos, no exageres —le advertí—, no exageres. Eso es tan malo como ser demasiado rápida. Todo el mundo debe estar a la altura de su edad. Eso es lo único que tole-